Alfredo Grimaldos

Historia social del flamenco

Prólogo de José Manuel Caballero Bonald

PENÍNSULA ATALAYA

Alfredo Grimaldos

Historia social del flamenco

Prólogo de José Manuel Caballero Bonald

ediciones península

© Alfredo Grimaldos Feito, 2010

Ediciones Península quiera agradecer a Elke Stolzenberg, José Lamarca, Antonio de Benito, José Vicente Rosino y C. de Luna su generosa y desinteresada contribución fotográfica a este libro.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en este formato: febrero de 2015
Primera edición: septiembre de 2010

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÁTONA VICTOR IGUAL - fotocomposición
BOOK PRINT DIGITAL - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 85 - 2015
ISBN: 978-84-9942-384-5

ÍNDICE

Prólogo, de J. M. Caballero Bonald 13
Introducción 15

1. La tragicomedia flamenca. 25
2. Las alegrías de Cádiz y la traición del Borbón . . . 41
3. La prehistoria del cante: hermetismo y persecución 57
4. Fandangos por la República y un comandante gitano en el frente de Madrid 69
5. Cantar para distraer el hambre 93
6. Antonio Mairena y la transición del flamenco desde las ventas a los festivales 115
7. Menese y Moreno Galván: compromiso y renovación 139
8. Dinastías gitanas 159
9. El Madrid de los tablaos 175
10. «No quieren soltar la prenda» 211
11. Jerezanos de hoy 251
12. «Agitanaos». 267

Epílogo 283
Notas. 301
Bibliografía 313

1

LA TRAGICOMEDIA FLAMENCA

Con el caray, caray, caray,
hay que ver las cosas
que pasan en Cái,
que ni la jambre la vamo a sentí,
¡mire usté que grasia
tiene este país!

(Bulerías de Cádiz)

«El flamenco no se aprende en una academia, se canta con faltas de ortografía», asegura Rancapino, uno de los últimos cantaores clásicos. Gitano de la vieja escuela, el cante constituye para él una filosofía y una forma de vida. Camarón, su inseparable amigo de correrías infantiles, le llamaba El Viejo. Artista de artistas, el reconocimiento de la gran afición flamenca le ha llegado tardíamente.

Comenzó cantando y bailando «al plato» en los bares de su Chiclana natal y se ha convertido en un flamenco de culto. Relata la tragicomedia de su vida con la amarga lucidez de un pícaro superviviente. «El cante "aprendido" no duele», asegura. Y para comprobar la certeza de esa rotunda afirmación, sólo hay que escucharle soltar la voz, por lo bajini, en la barra del bar El Manteca —gloria de la hostelería gaditana—, recreando los ecos de Juan Talega o Manolo Caracol. Su ilustrativo y espontáneo arranque desata la pasión de la concurrencia. Es uno de los personajes más conocidos y queridos de la bahía de Cádiz. Ya quedan pocos flamencos tan auténticos como este gita-

no, nieto de La Obispa y miembro de una familia que atesora el arte en la sangre: «Yo nací cantando, esto no se aprende. Para poder improvisar, hay que llevarlo dentro. El cante gitano tiene unos reflejos que son difíciles de captar y controlar. Hay veces que parece que se te va a ir, pero lo recoges».

Era aún un chiquillo que levantaba pocos palmos del suelo cuando comenzó a buscarse la vida en la calle, y desde entonces no ha parado de pelear. «He pasado muchas fatigas, de niño, comiendo las cáscaras de las naranjas y mendrugos de pan duro... —recuerda—. En mi calle había un niño, hijo de la panadera, que salía todas las tardes con media telera untada de manteca colorá. Y yo, que estaba *esmayao*, le decía: "Venga, Paco, vamos a jugar a la *viyarda*". Empezaba yo primero, le daba al palo y no veas dónde lo mandaba. Mientras él iba a recogerlo, yo le sujetaba el bocadillo, y cuando volvía, ya sólo quedaba un chusco».

Prosigue su relato con cierto poso de amargura, pero sin que se le borre la sonrisa de la boca: «Fíjate, en verano, con el calor que hacía, cargar haces de leña siendo tan pequeño. Me iba con los de un camión a recoger leña al campo, porque me daban parte de su bocadillo. Iba subido al vehículo por fuera de la cabina, agarrado a la puerta. Y ese camión dando saltos por medio del campo. El conductor me hacía cosquillas en las orejas con un palo y yo no me podía soltar; hasta me hacía heridas. Ellos se reían. Todavía me ocurren cosas muy desaborías».

VOZ RONCA Y NUDILLOS ENCALLECIDOS

Sus nudillos están encallecidos de hacer compás miles de veces en los mostradores, de soltar la voz en los bares, sin guitarra, marcándose él mismo los tiempos. Asegura que esa dolorosa escuela de la vida es la que le ha hecho expresarse como él lo hace. Con una capacidad comunicativa estremecedora. Su inconfundible voz opaca —justita, no necesita más— es la idó-

nea para acariciar los tercios en sus tonos bajos. Rehuye con sabiduría el grito estridente y es capaz de mecer al aficionado entre la queja trágica de la seguiriya y la dulzura vitalista de los aires salineros por alegrías. Lo atesora todo: conocimiento, un sonido flamenquísimo y compás natural. «Al cante de verdad no se le da su sitio —se queja—. Los dineros se los lleva el que no sabe abrir la boca, ni duele cantando, ni nada. Los que han aprendido con discos. Y uno, que lleva toda la vida en esto...».

«Tengo la voz ronca de haber andado tanto tiempo descalzo», afirma con semblante serio. Se expresa con absoluta precisión, proporcionando titulares constantemente. Su exquisito lenguaje metafórico no necesita dar vueltas innecesarias. Posee una irónica y cruda capacidad narrativa que lo convierte en un cronista de la talla de El Lazarillo de Tormes. «Aquí no me tires fotos, que luego me cae Hacienda en todo lo alto», bromea en la puerta de un banco madrileño, donde va a cobrar un talón de *Autores*. Antes, casi ningún flamenco registraba sus obras y, claro, no se cobraban los derechos que generaban sus creaciones, pero eso, afortunadamente, ha cambiado bastante. Al salir de la oficina bancaria, con los «derechos» en el bolsillo y la cara iluminada, nos cuenta un breve chiste: «Un gitano que va a un banco y le dice el director: "¿Cuánto necesitas?". Y le contesta el gitano: "¿Cuánto hay ahí?"».

«Los artistas estamos ahora mejor, pero el flamenco, no —precisa Rancapino—. Los jóvenes se van a lo comercial. Eso es lo que está de moda, no el cante puro. Los chavales están muy ilusionados con los grupos y eso, pero lo que hacen no debería llamarse flamenco, porque es otra música. ¿Qué tienen que ver Maíta vende Cá o Navajita Plateá con una soleá de Manolo Caracol, una seguiriya de Manuel Torre o unas bulerías de Camarón? Lo que hacen es desvirtuar la pureza flamenca y confundir a la gente».

ERRANTE POR SU CHICLANA

Alonso Núñez Núñez nació en la localidad gaditana de Chiclana de la Frontera, en un hogar gitano donde se respiraba flamenco. Su nombre de hidalgo medieval fue herencia de un tío suyo, y lo de Rancapino, el apelativo familiar que siempre ha utilizado como nombre artístico, se lo puso un vecino. «De chiquitillo, yo estaba corriendo en cueros a todas horas —recuerda—. Como tenía la piel muy renegrida, un gitano de Chiclana, El Mono, me decía siempre: "¿Dónde vas, que pareces un pino quemado?"».

Su abuela, La Obispa, se convirtió en la primera referencia artística del joven Alonso. Ella nunca fue profesional, pero cantaba muy bien, con mucha personalidad, y en cualquier momento se encontraba dispuesta a animar las fiestas y reuniones familiares. La Perla de Cádiz se tiraba días enteros escuchando sus cosas, y de ella cogió algunos tercios de bulerías que ya son inmortales, como ese de «Páseme usted el Estrecho, que lo mando yo...». Una letra que también interpreta habitualmente Rancapino.

El padre del cantaor contaba con escasos recursos económicos para sacarles adelante a él y a sus siete hermanos, así que el joven Alonso tuvo que echarse a la calle muy pronto: «Yo tenía nueve años y mucha hambre cuando empecé a buscarme la vida. Entonces bailaba "La Raspa" y me daban una gorda o un real. También hacía *el cochinito*, imitando el ruido de los cerdos, y como yo era muy chico, a la gente le hacía gracia. Así me crié, errante por mi Chiclana. En algunos bares, cuando iba a cantar o bailar, me agarraba el dueño por una oreja y me sacaba. "¡Fuera de aquí, que eres muy feo!", me decía, y me tiraba a la calle como si fuera un gato».

Pronto conoció a Camarón, que era cuatro años más joven que él. «Mi tía Juana, su madre, venía a Chiclana a vender las alcayatas gitanas que hacía su marido, Luis, pariente de mi padre. Las llevaba a una ferretería que se llamaba Olmo. Como

yo, de chiquitito, andaba por todas las calles, cuando la veía, le decía que me quería ir con ella, porque al llegar a La Isla, siempre me daba un dulce o un trozo de pan con manteca colorá. Y para mí eso era una delicia. Yo les caía muy bien a los padres de Camarón, les hacía mucha gracia: tan pequeño, muy feo y con mi flequillo...».

Otras veces era el padre de Camarón el que visitaba Chiclana, acompañado por sus amigos El Gafas y Currito, dos gitanos de La Isla muy populares. La relación entre José y Alonso continuó estrechándose. «Mi tío Luis padecía asma y tenía que echarse aire con un aparato, pero cantaba muy bien, sobre todo por seguiriya —recuerda con nostalgia Rancapino—. Algunas de las veces que venía a mi pueblo, se traía a Camarón. Cuando ya había tomado unos vinos, cogía a José, que era muy pequeñito, y lo sentaba en el mostrador. Y Camarón le cantaba a su padre por bulerías y fandangos».

Con doce años, Camarón ya iba solo a Chiclana, en busca de Rancapino. Le llevaba hasta allí algún taxista de La Isla de San Fernando, a cambio de un cantecito. Una vez juntos, los dos amigos se dirigían, invariablemente, hacia el establecimiento de Miguel Pérez, un barbero muy aficionado al flamenco. «Como a José le gustaba tanto tocar la guitarra, enseguida cogía la de Miguel y empezábamos a cantar en la barbería —rememora Rancapino—. No veas, aquello se llenaba de gente, hasta la calle. Camarón me decía que iba a cantar un fandango de Valderrama, y se ponía a imitarle. Después hacía un fandango de Porrina, y al final, decía que iba a cantar como su primo Rancapino, y me imitaba a mí. Era un artista especial. Muy grande».

HERMANOS DE CANTE

Y así se fueron haciendo cantaores. Unas veces, José iba a Chiclana con los taxistas, y otras, Rancapino se acercaba a La Isla

en los autobuses amarillos que unían ambos pueblos. «A las once de la noche cogíamos el último *canario* y nos íbamos para San Fernando. Yo me tenía que quedar toda la noche en la Venta de Vargas, para buscarme la vida. Camarón era todavía muy pequeño y yo le decía que se quedara un ratito conmigo, que después lo acompañaría hasta la calle del Carmen, a su casa. Y María, la propietaria de la venta, se enfadaba: "¡Me vas a meter en un lío con este crío aquí, que es muy chico!". A las dos de la noche empezaban a venir los señores y nos mandaban llamar a Manuel, el hermano de Camarón, a Pablito de Cádiz, a mí... En aquella época, El Chato de la Isla ya estaba en Madrid. Entonces yo decía: "Ojú, tengo un primo que canta más bien...". "¿Dónde está, ahí?, pues llámalo". Y después de que Camarón cantara, ya no podíamos salir ninguno. Se quedaba la fiesta para él solo, porque volvía loca a la gente. No sé qué biógrafo de José dice que él cantó en un tren pidiendo. Mentira, Camarón no pidió ni en tren, ni en tranvía, ni en autobús. No saben lo que dicen».

Se entusiasma cuando recuerda sus andanzas con José. Comienza a hilar una tras otra, sin fin. No pierde ocasión de ensalzar la figura de su amigo desaparecido, relegándose él a un modesto segundo plano en todos los relatos. «En otra ocasión, antes de venirme a Madrid, me pasó una cosa muy curiosa —señala, y se ríe con ganas—. Resulta que yo me iba a un espectáculo con Miguel de los Reyes y Enrique Montoya, porque a Pansequito lo habían llamado para la mili. Yo tenía que sustituirle cantando a cuatro bailaoras por alegrías: "Que le llaman relicario, / a Cái no le llama Cái..."». Y de nuevo, el arranque ilustrativo hace que se revolucione la barra de El Manteca.

«Me contrataron para trabajar en el teatro de Las Cortes, en San Fernando —retoma otra vez el hilo de la narración—. Como José estaba siempre conmigo, le dije que se viniera al día siguiente, para ver si también podía trabajar él. Total, que aparecimos los dos y le dije a Miguel de los Reyes: "Mira, aquí está mi primo Camarón, que canta muy bien". Y después de

escucharle, me suelta Miguel: "Rancapino, tú vienes hasta Ceuta nada más. Después, nos acompaña este chaval". Me volví hacia Camarón y le dije: "Le estoy cogiendo una manía al marisco..."». Lógicamente, ninguno de los dos se quedó en tierra, embarcaron en la gira juntos. «Sólo teníamos una chaqueta para salir a actuar, y el primero que se levantaba era el que se la ponía», añade el cantaor chiclanero.

Rancapino le llevaba algo más de cuatro años a Camarón, pero todo un siglo en picardía. Él era quien buscaba las fiestas, el que ajustaba los precios y quien olfateaba las encerronas en las que no había ni un duro. Su prematura experiencia vital en la calle y un enorme talento natural le han permitido adelantarse siempre a los acontecimientos. Pero las circunstancias le han sido muy adversas y ha levantado la cabeza a duras penas. Y eso que sus cantes son una verdadera joya. Camarón siempre le llamó El Viejo, por su sabiduría. José conoció a la que sería su mujer, Dolores Montoya, La Chispa, gracias al chiclanero, que fue pretendiente, durante un tiempo, de una de las hermanas mayores de ella, en La Línea de la Concepción.

CON LOLA FLORES Y CURRO ROMERO

«Una vez, estábamos los dos contratados para cantar en una caseta de la Feria de Sevilla —recuerda otra anécdota Rancapino—. Antes de llegar, nos encontramos con unas gitanitas que iban cantando y bailando por la calle, y nos fuimos detrás de ellas. Cuando nos quisimos dar cuenta, eran ya más de las cuatro de la mañana. Llegamos a la caseta y nos encontramos en la puerta con un gachó muy grande, que le dijo a Camarón: "No te doy una hostia porque eres muy pequeño, y de aquí te marchas ahora mismo". Entonces le contesté: "Mire usted, si se va mi primo, yo me voy también". Y me dijo: "Tú, ni haber venido"». Sin demasiada pena, se fueron a dar una vuelta por la feria y, de repente, escucharon una juerga de las bue-

nas en otra caseta, a las seis o las siete de la mañana. Rancapino levantó las cortinillas y vio que dentro estaban nada menos que Lola Flores, Gitanillo de Triana y Curro Romero. «El que llevaba la fiesta era Picoco, que me conocía, y nos dejó entrar. Por la gloria de mi madre, si miento, cuando Lola escuchó a Camarón eso de "Devuélveme el rosario de mi madre y quédate con todo lo demás", se cayó de la silla. Era la primera vez que le oía cantar. Y ya, no veas, Gitanillo se partió la camisa y salió bailando por bulerías. Entonces yo le dije a El Pinto, un bailaor que venía con nosotros: "Antes de que Camarón empiece otra vez, te voy a cantar un poquito, para justificarnos". Y salí por bulerías: "Me duele la boquita, prima, de decirte...". Cuando terminó la fiesta, se vino el dueño de la caseta para mí y me preguntó que cuántos éramos. Íbamos tres, pero yo le dije que diez, y me dio diez mil pesetas. Camarón estaba sentado en las faldas de Lola. Él tenía entonces unos trece años, era chiquitillo, muy bonito. Ella le hizo un regalo a escondidas, pero yo me di cuenta. He estado en las fiestas desde niño y siempre he sido muy pillín. Le dio mil duros y Camarón se los guardó. Cuando fuimos a repartir, le dije: "Si tú te guardas eso, yo me quedo con todo esto"».

Fue también en la Feria de Sevilla donde Rancapino conoció en persona a su admirado Juan Talega. «Yo sabía de él sólo por los discos» —explica—. Es el que más me ha gustado; compraba todo lo que él había grabado cuando yo no tenía todavía ni tocadiscos. El día que le vi en la caseta de la Feria, le dije a Camarón: "José, mira, ese gitano es Juan Talega". Entonces todavía no conocíamos tampoco a Antonio Mairena. Me fui para Talega y le dije: "¿Tío, le importa que me haga una fotografía con usted?". Y me contestó: "Claro, sobrino". Llamé a Camarón y Talega llamó a Mairena: "Ven, Antonio, que nos vamos a hacer una fotografía con estos gitanitos". Antonio Mairena estaba hablando con el hijo de Manuel Torre, Tomás. Y nos hicimos la foto con ellos, La Perla y todos los demás». Aquella instantánea se convertiría en un valioso do-

cumento y hoy se puede encontrar, enmarcada, en numerosas peñas flamencas.

«Ese día, nosotros no nos atrevimos ni a abrir la boca —prosigue Rancapino—. La primera vez que Antonio Mairena escuchó a Camarón fue en Sevilla, pero más tarde, en La Campana, estaba Paco Valdepeñas y le dijo: "Antonio, vas a escuchar a un niño de La Isla, verás cómo canta". Y cómo cantaría Camarón, que salió Mairena bailando, sin guitarra ni nada, sólo con palmas».

Cuando Rancapino hizo su primer viaje a Madrid, en busca de trabajo, el cantaor tenía diecisiete años recién cumplidos. Llegó desde Chiclana en el camión de pescado de un amigo, que lo depositó en el mercado de la Puerta de Toledo, con todo el aroma de la bahía gaditana encima y sin un duro. Entonces trabajaban en Las Brujas su hermano Orillo y El Chato de la Isla. Hacia allí se encaminó el cantaor con la intención de hacerse un hueco en el cuadro. El camionero le tuvo que prestar dinero para el taxi. Cuando hizo, como prueba, el «Carcelero, carcelero», de Caracol, el propietario del establecimiento le contrató inmediatamente, para que lo cantara todas las noches, por 150 pesetas diarias. «Por el tablao venía un señor al que decían don Saturio, que era uno de los dueños de Kelvinator, lo de las neveras. Una noche nos invitó a su finca. Allí había un tentadero y, como además del cante, a mí me gustaba mucho el toro, y lo sabían, tuve que saltar al ruedo. La vaca me dio una paliza y me cagó encima. Hasta tiraba bocados. Ojú, qué fatigas pasé».

TOREROS DE ARTE

Reconoce que quiso ser torero, pero le faltó valor. Para acreditarlo, muestra unas cuantas fotos en las que aparece con un capote en la mano, en el campo, frente a una vaquilla. También conserva una película pasada a vídeo en la que se le puede ver toreando junto a Camarón, otro espada frustrado. En la

filmación casera aparece el artista de La Isla dando unos muletazos, mientras se escucha a la suegra de Rancapino, Rafaela Núñez, cantando por bulerías. Rafaela y su yerno provienen de la misma estirpe flamenca: el padre de ella y el de Rancapino eran primos hermanos.

Juan Luis, uno de los seis hijos varones de Alonso —tiene, además, una niña—, hizo sus pinitos en el mundo del toro, pero no cuajó como figura. También atesoraba más arte que valor. En una ocasión que se encontraba un poco cortito de dinero, Rancapino se sacó de la manga una peña flamenca-taurina con su nombre, en Chiclana, y organizó un festival benéfico, con el fin de superar el bache. Consiguió que toreasen en su pueblo, en una plaza portátil, nada menos que Curro Romero, Rafael de Paula, Pepe Luis Vázquez y Ortega Cano, junto a su hijo Juan Luis. «Cuando fuimos al tentadero a escoger los novillos, mi niño dio varios pases a una vaquilla. Eligió una de su tamaño, y alguien le gritó: "¿No has encontrado una más pequeña?". Curro Romero le contestó: "Pues así deberían ser todos"».

Sostiene que el mundo del toro y el del flamenco tienen que seguir tan unidos como lo han estado hasta ahora: «A Caracol le gustaba el toro más que el cante. Era un genio. Un cantaor tiene que estimularse con cosas de arte. Ahora, a los jóvenes les gusta el tenis y el golf. ¿Qué van a cantar luego? Si Caracol, Talega o Mairena escuchasen cantar a algunos gitanitos famosos de ahora, los mandaban meter presos. Y a sus padres, por dejarles hacer esas cosas».

Después de su primera y breve visita a Madrid para trabajar en Las Brujas, Rancapino volvió a la capital, ya junto con Camarón, en 1969, durante la época dorada de los tablaos. «Estuvimos en la casa de un palmero de Bambino, a quien decían El Chico, muy buena gente. Allí parábamos Fernanda y Bernarda de Utrera, Turronero, Pansequito, Camarón y yo. Para que se pudiera vestir uno, tenían que salir todos los demás. Estaba en la calle de López Silva, al lado de El Rastro. Bambino ha sido un genio en su género. Pasarán muchos si-

glos hasta que salga otro como él. Fue el que revolucionó las canciones por bulerías y los tangos metidos en aire de rumba. Era un fenómeno».

Toda su vida, Rancapino ha sido un artista de artistas, pero cuando empezó a ser conocido y valorado por la mayor parte de la afición madrileña fue ya después de 1980. Desde entonces, se ha convertido en uno de los flamencos que tiene mayor tirón. En la terminal del AVE le conoce todo el mundo. «Una de las veces que fui a Madrid, llegué a Atocha y resulta que hacía mucho frío. Tenía que cantar en la Peña Chaquetón, y cuando me vio tiritando su presidente, Pablo Tortosa, que había venido a recogerme, se asustó, pensando que me iba a poner malo y no iba a poder cantar esa noche. Me dijo: "Espérate", entró en una tienda del paseo de las Delicias y me compró un abrigo. Bien bonito que es, no veas lo que *roneo* yo con él. Estoy loco por que haga frío para ponérmelo». En otra ocasión, cuando llegó a la misma peña, se dio cuenta de que había dejado los zapatos de las actuaciones en el hotel, y no podía salir a cantar con los que llevaba puestos. Hubo que pedir unos prestados entre el público. Los que se consiguieron le apretaban y no pudo dar patadas para marcar el compás en toda la noche.

Entre sus inagotables recuerdos del pasado, le viene a la cabeza una anécdota reciente: «El otro día, en Madrid, iba por la Gran Vía con mi maleta en la mano, camino del hotel Regente, donde paro siempre, y veo que se me acerca un morito por un lado. Enseguida noto que otro me va a cerrar, y entonces, me paro y les digo: "Pero ¿dónde vais?, si yo soy como ustedes"».

No se muestra nada optimista cuando analiza el futuro del flamenco. Detrás de su permanente sonrisa y buen humor, de su actitud cariñosa con todo el mundo, Rancapino acumula el peso de muchos reveses: «La vida la he visto siempre muy fea, porque me han tratado muy mal. He recibido muchos golpes y he tenido que estar en la calle desde muy niño. Eso me ha hecho coger una psicología fuera de lo normal. Sé lo que es pasar

sinsabores y doy su sitio a todo el mundo. Por eso, y porque canto con sentimiento, me quiere la gente. Si fuera por la cara que tengo... Chano Lobato me decía que soy el Robert Redford de África. Sólo pido que me den el sitio que me corresponde, tener trabajo para dar de comer a mis niños y que tengan la ropita limpia, y nada más. No envidio a nadie ni soy egoísta. Quiero que mis hijos estén buenos, que sean prudentes y respeten a todo el mundo. Y mi potaje en casa. Llevo unos años trabajando mejor, pero nunca estoy desahogado —confiesa—. Cuando veo quinientas mil pesetas juntas, me creo que soy el rey de España. Tengo siete niños y necesito trabajar mucho».

A pesar de ser un artista exquisito, durante mucho tiempo ha tenido que sobrevivir a salto de mata, fundamentalmente gracias a su proverbial ingenio. Las tragicómicas anécdotas que ha protagonizado dan para escribir un tratado de picaresca. En una ocasión, el constructor y ex presidente del Sevilla, José María González de Caldas, encargó a Rancapino la gestión de una casa en El Rocío para él y sus amigos. El cantaor se tenía que encargar no sólo de la parte flamenca, sino también de la infraestructura. Y para conseguir los somieres y los colchones que necesitaba, se le ocurrió acudir a un sargento de Intendencia amigo suyo, un hombre muy aficionado al cante. El militar le proporcionó material de desecho que estaba arrumbado en un barracón del Ejército, y lo trasladaron al lugar donde tenían que descansar los adinerados romeros. Pero lo que no estaba previsto es que en los muelles de los somieres y en el interior de los colchones viajaran también imprevistos invitados. Y al día siguiente, al levantarse, a los señoritos les picaba la juerga por todas partes.

EL PADRINO

En la primavera de 1999, Felipe González y Carmen Romero apadrinaron a José, el séptimo hijo del chiclanero, que aprove-

chó esa circunstancia para casarse con su mujer, Juana, después de más de dos décadas de convivencia. Cautivado por la gracia y el talento de Rancapino, el ex presidente del Gobierno no pudo resistirse a ser su compadre. «De acuerdo, yo pago el convite. ¿Y tú qué pones?», le dijo González al cantaor. «Yo pongo el niño», le contestó Rancapino.

Ambos se conocieron durante una fiesta celebrada en la gaditana Venta de El Chato. El chiclanero estaba contratado para convocar a los duendes flamencos durante la velada y, de repente, vio la ocasión de encontrar también un padrino de postín para su niño. Entre cantes y anécdotas, González aprovechó un momento para llamar por teléfono a Carmen Romero, que se mostró dispuesta a participar en la ceremonia, y la cosa quedó clara.

Unos meses después, tras el ritual del agua bendita, se celebró el convite en un estero de Chiclana, donde no se escatimó ni el pescaíto ni el fino Arroyuelo. Al final de la fiesta, cuando todo el mundo estaba bien comido y regado, González, antes de marcharse, hizo un aparte con Rancapino: «No te preocupes, que yo vendré por aquí, de vez en cuando, para ver al niño. Su porvenir está garantizado», le dijo cariñosamente. «¿Y el mío, qué?», le contestó el cantaor.

Con motivo del bautizo del crío, que pasó por la pila con cuatro años largos, sus padres se vieron obligados a casarse: «Juana y yo llevábamos toda la vida juntos y habíamos tenido seis hijos antes —explica Rancapino—. Pero el cura que bautizó a cuatro de ellos me dijo que ya no echaba el agua a ninguno más hasta que pusiéramos orden a nuestra situación. Me casé después de veintiún años, y con la misma. La gente le preguntaba a mis chiquillos: "¿Quién se casa?". Y ellos contestaban: "Mi padre y mi madre"».

El primer candidato al puesto de compadre de Rancapino había sido Curro Romero, pero el diestro, esquivo, no acababa de mostrarse dispuesto. Después, le llegó su turno al pintor Miquel Barceló. En este caso, eran los numerosos compromi-

sos del artista balear los que no le dejaban hueco, y la criatura iba creciendo... Barceló se había acercado al mundo del flamenco interesado por la figura de Camarón, pero el genio de La Isla no era un hombre que se dejara cautivar por personajes de relumbrón, prefería estar con su gente y escuchando al cantaor más modesto del mundo, por si podía pillar algo de él. Pero, al final, Barceló fue el autor de la portada de *Potro de rabia y miel*, el disco póstumo de Camarón, y Rancapino tomó nota del asunto. Consiguió que, poco después, el pintor se encargara de diseñar también la portada de su segundo disco, una de las mejores grabaciones flamencas de finales del siglo pasado, en la que el chiclanero volvió a estar acompañado por el guitarrista Paco Cepero, que ya le había respaldado en estudio veinte años antes.

Cuando Juana, la mujer del cantaor, vio el peculiar retrato del artista que aparecía en la portada del nuevo disco, le dijo: «Ay, Alonso, ¿ése eres tú?». Pero Rancapino sabía que el original de aquello tenía su valor, aunque Barceló no se lo regaló. Posteriormente, el chiclanero visitó la casa del pintor, en Menorca, para cantar en una fiesta privada, acompañado por Moraíto. Y después del festejo, al parecer, pasaba el tiempo y nadie se estiraba allí, lo que hacía revolotear el fantasma de las antiguas reuniones de señoritos, en las que, a veces, los artistas no cobraban, después de haber estado trabajando toda la noche. Cuando por fin se arregló el asunto, Rancapino le dijo a su anfitrión: «Barceló, ya sé por qué haces los cuadros tan grandes, para que no te los roben».

UN COCIDO EN LA BOLA

En 1995, a raíz de la publicación de su segundo disco, el editor, Turner, le incluyó en una larga gira musical por tierras mexicanas, junto a Chavela Vargas, Joaquín Sabina, Lucrecia y Víctor Manuel. De todos los artistas que participaron en ella, el único

que no estaba inscrito en la SGAE era él, por lo que muchos amigos le insistieron en que tenía que registrarse, porque estaba perdiendo un dinero que era suyo. Por fin, con la ayuda de José Manuel Gamboa, desde dentro de la entidad, y la decisiva participación de Alberto Martínez, propietario de la tienda El Flamenco Vive, se consiguió fraguar la operación.

«Después de muchos intentos de llevarlo a la SGAE para que se inscribiera, por fin lo convencí —relata Alberto—. Aprovechando que había venido a Madrid para trabajar, fui a buscarlo a las nueve de la mañana al hotel Regente. No se me olvidará nunca ese día. Nada más salir a la calle, se empeñó en regalarme lotería. Como el despacho estaba cerrado todavía, se metió por debajo del cierre a medio echar a pedir los dos billetes. "Toma —me dijo—, como Pepe Marchena, que siempre llevaba algún décimo para regalar". Cuando llegamos a la SGAE, ya le estaban esperando y nos dieron el formulario donde había que escribir las letras que él cantaba en el disco. Unas suyas y otras adaptadas. Entonces me dice: "Para acordarme, las tengo que cantar". Así que se tiró toda la mañana cantando el disco entero y yo, apuntando las letras. Al parecer, existe una fórmula que permite acumular los derechos de un autor con carácter retroactivo, aunque todavía no esté inscrito, y como la gira por México había sido muy potente, tenían ya preparado un dinero. Cuando bajamos a cobrar, el que pagaba iba haciendo la valoración de los derechos cante por cante: "Esto por la soleá, esto por los fandangos...". Y Rancapino le dijo: "¿Todo eso sólo por los fandangos? Y tú, ¿dónde veraneas?... Pues, a partir de ahora, te vas a venir todos los años a Chiclana". Cuando llegamos a El Flamenco Vive, abrió la puerta y dijo: "Todos los que están aquí, a comer cocido". Invitó a todos, empleados y clientes, a ir a La Bola».

El disco que metió a Rancapino en el mundo de los derechos de autor se abría con unos tanguillos escritos por él en los que hacía toda una declaración de principios flamencos, reivindicando a sus cantaores de cabecera:

A mi Camarón, mi Perla
nunca los podré olvidar,
ni a Caracol, ni a Mairena,
a Talega o a Tomás.
Por eso cuando yo canto
me tengo que recordar
los cantes de Terremoto,
de Aurelio y de la Calzá.

Artísticamente, añora los tiempos de Caracol y Talega, los dos patriarcas del cante que más le han marcado. Se lamenta de que casi todo lo que se hace ahora sea tan mecánico y lo achaca, en parte, a que los jóvenes no viven de verdad el flamenco en sus casas, como lo mamó él. Él está ahora peleando contra el tiempo, con una garganta que se apaga. Las voces gitanas tan flamencas y con tanto «pellizco» como la suya o la de Fernanda de Utrera tienen menos recorrido que las que hacen gorgoritos. Además, Rancapino no sabe falsear el cante y se rompe intentando echarlo fuera. «Ahora hay muchas trampas —señala—. Con esas máquinas tan buenas que han salido, a uno que tiene una voz que no es flamenca ni nada, se la ponen ronca».

«Cada vez hay más mentira en el arte, y lo que importa es comunicar —sentencia—. Esto tampoco es una cosa de muchas facultades. Caracol, por ejemplo, sacaba fuerzas de donde no las tenía. El cante duele cuando estás en el límite. En términos taurinos, ¿para qué quiero ver cuarenta naturales de un torero que no me llega, que no me va a pellizcar ni a decir nada? Prefiero uno solo de Curro, o de Paula, que me va a pegar bocados. Un ¡ay! por soleá de Fernanda de Utrera vale más que lo que hacen otros en toda su vida. Lo más difícil que hay es cantar despacito. Como tocar la guitarra, torear y hacer el amor. Despacito. Las cosas ligeras no valen un duro».